



Sobre el buen estudiante

por Antonio Jesús Láinez Ramos
Estudiante de 5º de Medicina. Universidad de Granada.

Parece innegable asumir que la mayoría de estudiantes de Medicina son «buenos estudiantes». Todo apunta a que ha de ser así, partiendo de las condiciones necesarias para acceder a estos estudios desde bachillerato. Este nivel de exigencia presenta un continuo a lo largo de la carrera, principalmente porque, de alguna manera, son los propios alumnos los que determinan las cuentas que se les pueden y deben pedir. Hasta aquí todo parece más o menos lógico; sin embargo, ¿somos los alumnos de Medicina «buenos estudiantes»?

Hay de todo en la viña del Señor, por supuesto, pero desde una óptica más determinista podemos ser algo más concretos. No cabe duda de que muchos entienden al buen estudiante, en la línea de lo ya expuesto, desde la perspectiva de los resultados: los buenos estudiantes serían los que obtuvieran una media sobresaliente; los malos se conformarían y limitarían a aprobar y, entre ambos polos, se distribuirían, a modo de gradiente, los estudiantes medios. Desde un punto de vista radicalmente

opuesto, hay quien concibe un modelo de «estudiante cumplidor», desligado de los resultados. Así, hablaríamos de un buen estudiante cuando este asiste diariamente a clase, toma apuntes y estudia por las tardes mientras que un mal estudiante se caracterizaría por lo opuesto: faltaría a clase por norma general y se pondría a estudiar cuando le viera las orejas al lobo, es decir, poco antes de los exámenes. Desde luego que ambas perspec-

tivas son válidas y desde aquí no vamos a entrar en «metavaloraciones», pero sí creemos que tanto una definición como la otra resultan insuficientes, por cuanto la experiencia nos ha permitido constatar, a más de uno, que el reflejo del buen estudiante no reside en obtener unas calificaciones excelentes ni en la sistematicidad o constancia del quehacer diario. Al menos no siempre.

El buen estudiante es, desde mi punto de vista, el estudiante apasionado. Dicho de otro modo, es el

estudiante por vocación, que siente una acuciante llamada interior que le mueve a pedalear más y más en la carrera del saber. El concepto del buen estudiante, en el sentido purificado que pretendo ofrecer, trasciende las cuestiones relativas a la calidad e incluso cantidad del estudio; hablo de alguien que siente auténtica pasión y disfrute por saber (que no conocer) más de lo que ya sabe, ya sea ante un libro, en clase o en prácti-

cas. Sobra decir que este placer no excluye realizar multitud de actividades de índole no académica: salir con los amigos, realizar actividades de ocio, atender a obligaciones, etc. Y es que, más allá de ser buen o mal estudiante, hay aspectos de la vida que sería un error descuidar, máxime en lo que respecta al desarrollo social de cada uno (no olvidemos que la Medicina es, en esencia, antropológica y tan importante es saber qué hay que tratar en un paciente como la manera de hacerlo).

En síntesis, ser un buen estudiante no implica necesariamente obtener unas calificaciones excelentes ni asistir a clase ni estudiar a diario porque cada cual prioriza y escoge su propia vía para aprender de manera más eficiente. Claro que muchos buenos estudiantes aplican este *modus operandi*, pero lo que quiero reseñar es que no se trata de una *conditio sine qua non* para catalogarlos en buenos o malos estudiantes. El extremo opuesto sí que parece impensable, esto es, no es compatible ser buen estudiante y estudiar justo antes de los exámenes o suspenderlo todo, fundamentalmente porque disfrutar aprendiendo acarrea ciertas consecuencias ineludibles en los ámbitos de la responsabilidad y los resultados.

Decía Albert Einstein: «nunca consideres el estudio como una obligación, sino como una oportunidad para penetrar en el bello y maravilloso mundo del saber». Y razón no le faltaba. Pues yo tomo ejemplo y, de paso, os animo a entrar en ese mundo del que hablaba este genio universal: ¡sed los mejores estudiantes!